

POÉTICA

ERÓTICO, TANÁTICO, APRENDIZ

por Gonzalo Rojas

1.- Mi poesía es aire: hay que leerla respirantemente, echar a Píndaro por la nariz de modo que entre centelleante en la endofila de la oreja, pero es ojo a la vez. Ojo de ver y de transver.(...) No es cierto que los poemas de amor se escriban únicamente a los 20 años. Yo los sigo escribiendo y *Río Turbio* salió en un mes escaso de las prensas de Kultrún de Valdivia, casi simultáneo con otras dos apariciones: la editorial Vuelta en México e Hiperión, de Madrid., Un verdadero río seminal según lo dijo Cesare Pavese: los poetas son raros como los grandes amantes; no bastan las veleidades, las furias, y los sueños: Hay que tener también testículos duros. Siempre se me dio el ejercicio de la poesía como un acto genésico encima de la página blanca y así lo registra un texto descarado de mis 22 cuyo título es "Perdí mi juventud en los burdeles" y en el que Lihn vio por adelantado el tono de mi sistema imaginario entero: libertinaje y rigor lo mismo en la visión que en el lenguaje, Lautréamont y Juan de Yepes a la vez.. Lo que se dice un místico turbulento. De ahí acaso el río turbio de hoy que guarda por lo hondo el diamante diamantino de lo numinoso. Los alemanes dicen Das Heilige. No olvidemos la amarra de la erótica y la mística en nuestros grandes clásicos siempre intactos en su lozanía. Ahí Teresa única : "Vuestra soy, para vos nací. ¿Qué mandáis hacer de mí?". (...)

2.- De repente estamos aquí, de repente no estamos. Nos dan esto, nos cortan, nos arrancan esto. Y aullamos. Aullamos elegías para qué. No estoy por las elegías. Pienso en Baudelaire: "todos los elegíacos son unos canallas." No decirle a mi oyente ni a mi lector: —Vendrá la Muerte, tendrá tus ojos: ¡bonita letra para música de jazz! O de "jizz", que en ritmo negro enloquecedor quiere decir semen, ¿sabía usted? Preferiblemente cambiar de giro. No transar entonces con la partitura desollada de ningún réquiem larvario, ni siquiera de éste, antes bien ¡alegrarse! Favor no ver liturgia mortuoria en estas páginas ni responso ataúdico. Lo que se juega aquí es la mariposa del instante, y estoy de acuerdo con la idea según la cual la mari-

posa es un animal instantáneo inventado por los chinos, o, todavía más quimérico, el dragón: que es mi signo. Allá por los setenta del otro siglo viví en Pekín y dormí como un dragón en esa cama con espejos cuya esbeltez me fascina todavía. Para qué decir que aún duermo en ella. 5000 años fue lo que dormí: perdí mi tiempo. Pues el único número del Tao es el diez mil, o nada. Es que uno no alcanza, nunca alcanza.

Anda en todo la muerte —los alemanes dicen *Der Tod*, como si fuera hombre—, anda en todo la Muerte, de la figura a la escritura, del encantamiento al tormento, y hace finísimo el estrago. Arde cada uno cada día en el fulgor de su respectivo estrago, de la nuca al pie, y no repara en que la fiesta de nacer es una sola y lo ser es lo sido. Lo encandila a uno la Eternidad, como si la eternidad no fuera esto mismo.

No sé griego dijo una vez Alfonso Reyes, sé Grecia. Por mi parte —y al revés— no sé cosa de hermosura pero mujer hermosa sé, ni sé Muerte pero sí mariposa y ahí va aleteando en esas líneas; ni sé fama ni estruendo pero silencio sé. (...)

3.- Vallejo me dio el despojo y cierto balbuceo en diálogo con mi asma y mi tartamudez y desde ahí el descubrimiento del tono; Huidobro acaso el desenfado; Neruda cierto ritmo respiratorio que él aprendió en Whitman (tan caro a Borges) y en Baudelaire; pero yo gané el mío desde la asfixia. ¿Y Borges? El rigor, “l’obstinato rigore” que dijo Leonardo. Y el desvelo. Un desvelo al que se llega sin prisa, por incesante crecimiento.

Casi todo es otra cosa y Borges atizó en mí la perplejidad y el desapego, que iban conmigo desde las infancias. No era nada, no quería ser nada, pero quería ser. Igual que ahora a los 80 y más, en esta suerte de reniñez. Octogenario y finalista, aunque no terminal, hago mía su frase que escribiera en el 61 al ordenar su Antología personal: “Me atengo a mi pobreza pero no me abate ya que me da una ilusión de continuidad”. Y es que a lo absoluto se llega por desposesión, por el ascetismo, y hay que ir dejando querer, como dijo Juan de Yepes, el rey de la poesía del idioma.

Además tuve una formación estricta como la suya y atendí por las dos orejas simultáneas el ejercicio de leer y especialmente

releer: 1) por la izquierda *l’esprit nouveau* y las vanguardias, y 2) por la derecha las clasicidades áureas. Así en la punta de mi cabeza de muchacho se me dio otra ventilación, otra síntesis.

Cuando pensamos con pensamiento sobre el libro en nuestra América, se nos aparece Borges como de golpe, ese animal mitológico de nuestras letras que ni por un momento se nos ha muerto. Él creía hasta la evidencia en el paraíso-biblioteca y así lo dijo tantas veces. Lo vio todo, lo leyó todo por dentro, y la biblioteca del padre fue su gran juego desde niño. Después —ciego y todo— lo siguió viendo todo. Porque no fue un bibliófilo, ni ese letrado memorioso que tanto admira el Mundo, sino algo más: un vidente.

Sí: releamos el Mundo. Relémoslo de Homero a Borges. Esos dos ciegos saben más.

4.- Suele decirse con soltura y cierto descaro que el teclado sigiloso del ordenador es otra escritura más productiva que la de la mano como si el glorioso instrumento no pasara de ser un *parvenu*. Afirmarse con desmesura tecnolátrica que ya en el plazo amniótico los niños descifraron el misterio como por encanto, y la caligrafía es un arcaísmo. Me quedo con los ideogramas de la imaginación y no me importa la impostura del destello instantáneo más o menos mercantil que no va más allá de la usura como dijera Pound. ¿Ahorro de tiempo en aras del célebre consumo? Soy tiempo, escribo tiempo, me demoro en el dibujo de abolengo trepidante —fluye que fluye— que va de lo cerebral a lo arterial, de lo arterial a lo muscular, para bajar a la flexión finísima de los huesecillos: carpo, metacarpo y dedo. Además escribo con todo el cuerpo. Palimpsesto o manuscrito, pinto mi pensamiento como puedo. A la velocidad del zumbido irreal que va más allá de la computación polidactílica, por ejemplo. También Matta pinta riendo lo suyo desde el frenesí de la máquina productora, pero la imaginación es otra cosa y él lo sabe como nadie. Personalmente escribo en el viento y lo que pongo en tela de juicio es la palabra misma como proyecto de inmortalidad. ¿Qué es eso de *non omnis moriar* (“no me moriré del todo”) viejo Horacio? Y, otra cosa, no estoy por la partitura efímera —computátrica o no— sino por la oralidad y por la sintaxis del llamamiento. De ahí

que, cuando escribo mis líneas menesterosas de aprendiz interminable , lo primero que hago es ponerme en pie y leerlas en voz alta. *No al lector, al oyente.* Escribo y describo como todos los poetas y, en cuanto a lo indeleble de la huella , Dios cuide a la huella. Vestigio es huella del pie como dijera Góngora en 1616. Lo que me pasa es que soy un inconcluso, y balbuceo. ¿Cómo decía Heráclito esa vez?: *Sobre el tamaño del sol el ancho de un pie humano.* Personalmente siempre estaré por la desespacialización y la destemporalización de la memoria. Mnesmósynese se apiade.

Gonzalo Rojas